

QUE interés no despertaron por entonces en los mallorquines estas páginas, y más en quien al amor de la patria se reunía la más ardiente amistad hacia el joven autor, estrechada desde el primer encuentro por todo linaje de simpatías! Á este vínculo añadimos bien pronto el de colaboradores, aunque en provincias y tomos distintos; y es necesario comprender el cariño ideal que á la obra profesaba su entusiasta iniciador, para apreciar el sacrificio de compartir con cualquiera fuese sus tareas, sobreponiéndose á los celos del escritor la generosa abnegación del compañero. ¡Ay! no pasaron cuatro años sin que cesásemos de serlo, y no me quedó, á fuer de sucesor suyo, sino un vacío tan difícil de llenar en el corazón como en los *Recuerdos*.

Por más brillante que viva en las letras la gloria de Piferrer y en algunos apasionados su memoria, no sé resolverme á pasar adelante sin refrescar una y otra en la portada del hermoso monumento que á Mallorca levantó, para que á él también le sirva de monumento. Del homenaje que le tributé á su muerte, sólo de quince días posterior á la de Balmes, en Julio de 1848 (a), reproduciré unas breves líneas que respondan á la curiosidad de los que no le han conocido y al afecto íntimo de

(a) En la *Revista Hispano Americana*, de Madrid, dirigida por D. E. Ochoa y D. J. J. de Mora.

» ¡Oh bueno y entusiasta amigo! Yo no podré respirar el aura pura de las montañas ni la brisa de los mares, sin acordarme de ti que les pedías en vano la prolongación de tu existencia. Ya no oiré sin estremecerme esas baladas populares cuyas tristes y prolongadas cadencias te complacían tanto, ni esos acentos de Rossini y Bellini que, transportándote á un mundo mejor, te daban una perspicaz intuición sobre los arcanos más sublimes del arte que sobre todos te vivificaba. Tu memoria me acompañará al través de las campiñas, al través de los monumentos, sin poder ¡ay! repartir contigo mis impresiones; y me la recordará perennemente esa obra, sobre la cual mi pluma se ha suspendido un instante, como el artífice que suspende su fábrica para poner una losa al malogrado arquitecto que dió la traza, y luego se arroja con nuevo ardor á la conclusión del edificio, panteón colosal de su autor primero.»

Había de estarme reservado todavía más, el de mezclar páginas mías con las suyas en la segunda edición de su libro, como si presumiese de mejorarlo! Mejorarlo no, completarlo sí: el plan general de la publicación así lo reclama, y vale más que adolezca éste de discrepante en el estilo que de manco en sus partes. Á haber él alcanzado la reimpresión, seguro estoy de que no hubiera desperdiciado la oportunidad de llenar los huecos que deploraba. Su historia termina á mediados del siglo XIV con la dinastía peculiar de Mallorca, pasando en silencio las terribles conmociones que más adelante estremecieron la isla. Á la grandiosa catedral no acompañan en la parte descriptiva sino cuatro ó cinco templos de los treinta y tantos contenidos en Palma, que cuando no por sus actuales formas, unos siquiera por su fundación remota, otros por memorias más recientes, todos como rasgos de fisonomía local, merecieran más ó menos detenida mención: hasta en el grupo de los edificios civiles y sobre todo en el conjunto del caserío, tan original y pintoresco como era, resta algo que desear. El itinerario fuera de la capi-

imitaba como nadie la melancolía de las cántigas populares y los giros y arcaísmos de nuestro romancero. Revolvía desde largo tiempo el plan de algunos dramas, y sobre todo de un magnífico poema; éste era el objeto ideal, el amor constante de su fantasía; entreveíalo en el porvenir como un monumento de gloria, aplazábalo para una época de completa salud é independencia, y sin duda allá en sus últimos instantes le habrá dado un adiós tristísimo como á visión querida que se desvanece.

»La imaginación de Piferrer tenía el carácter grave y melancólico de las del norte; pero la fe con su antorcha disipaba los nebulosos vapores que pudieran ofuscarla. Era su alma eminentemente cristiana, y no podía rendir culto á lo bello, á lo grande, sin remontarse luego hasta Dios. Su mirada apacible, su frente despejada, su rostro pálido é interesante: en su vida interior enérgico y firme, en el trato social hartó tímido y modesto, prenda que le ganó el aprecio de cuantos le trataron en su único viaje á Madrid en el postrer otoño de su vida, descubriendo en él un tipo casi inverosímil del hombre literato. Inspiraba y sentía afectos vivos y constantes, y aunque se quejaba de desengaños y sequedad de corazón, revelábase éste naturalmente afectuoso: amante noblemente de la gloria, lo era todavía más de la de sus amigos, y no perdía ocasión de sobreponerla á la suya. Consagrado desde su edad primera al sostén de una anciana madre y de unos hermanos, de cuya familia era único apoyo, y aguerrido en las tristes realidades de la vida, eximióse de los locos devaneos y de los dolores ficticios que agitan á tantas existencias juveniles, y conservaba un no sé qué de candoroso. Aunque retraído de la sociedad, su nombre era popular y querido en Barcelona, especialmente entre la juventud que le reconocía como á su jefe de escuela. Su entierro fué una ovación; las autoridades y corporaciones principales, la flor de sus compatriotas acompañaron su féretro, y eso que no cerraba los restos de ninguna notabilidad política, de ningún opulento fabricante.

los que alcanzaron á conocerle. ¡Es tan rápida la corriente del tiempo y tan corrosiva su acción!

«La índole de las tareas y el carácter de Piferrer, impidieron á su celebridad tomar el rápido y dilatado vuelo que logró la de su compatriota. Cuando la juventud literaria evaporaba su numen en folletines, revistas y semanarios, á cual más efímeros y pasajeros, cuando enmudecían nuestras academias y corporaciones sabias, un joven apenas de veinte años, sólo conocido en Barcelona por algunas páginas, menos faltas de genio que de corrección, se asocia con un hombre emprendedor (Parcerisa), que aprende la litografía sólo para perpetuar en láminas los amenazados monumentos de su patria y consagra á la realización de este osado pensamiento todo su tiempo y su escasa fortuna. De esta asociación nacieron en 1839 los *RECUERDOS Y BELLEZAS DE ESPAÑA*: ensanchóse el plan en la ardiente cabeza del joven escritor; los monumentos le condujeron á la historia, la historia le despertó la ambición de esclarecerla con no conocidos datos y documentos. Viajaron por el Principado, que ardía entonces en guerra civil, los dos intrépidos artistas, uno con el lápiz, otro con la pluma en la mano; arrancan su secreto á los archivos, su explicación á las ruinas, y ricos con su botín dan á luz el primer tomo de *CATALUÑA* con un lujo y esplendor nada común entonces, y con una copia de investigaciones y un calor y belleza de estilo menos común todavía. Terminado su primer ensayo, con el cual se mostraba años después hartó riguroso y descontentadizo, emprendió Piferrer á los dos años el tomo de *MALLORCA*, desarrollándose y mejorando sus facultades con tal rapidez, que asombró á los mismos que en él cifraban las más lisonjeras esperanzas. En 1844 emprendió el segundo tomo de *CATALUÑA* para llenar los huecos del primero; pero la extensión colosal dada á su idea, y otros obstáculos personales paralizaron tanto su publicación, que la muerte le encontró aún trabajando en ella.

»Hasta entonces los poetas no se habían identificado con los artistas: la descarnada descripción de Ponz, los catálogos de Cean Bermúdez y Llaguno, y las disertaciones del gran Jovellanos, en que se admiten ya con sobriedad algunos severos adornos, es lo único que teníamos en este género. La obra de Piferrer es un poema, es un *Child Harold* artístico; y si de algo puede tildársele, es de cierta exuberancia de imaginación y de sentimiento. ¿En qué página no se ven brillar pensamientos grandes, enérgicos, delicados? ¿Con qué maestría no pasa de las regiones del idealismo á las de la historia, y de la metafísica del arte al examen de una institución social ó á la aclaración de un punto controvertido? El monumento se anima bajo su pluma, lo acaricia, lo pone en movimiento; desentierra del olvido el nombre de sus artífices, modestos como él é ignorados. Una arquitectura, apenas conocida á la sazón, la bizantina, le debe, merced á largas observaciones, el descubrimiento de sus reglas, de su tecnología, de su distribución y místico sentido. Sí, las artes deben mucho á Piferrer, no temo decirlo como continuador de su obra: cuanto doy á su parte inventiva, otro tanto quito de la mía, y en este justo cuanto dulce homenaje experimento una complacencia superior cien veces á la del amor propio.

»En 1844, ni sus achaques ni sus ocupaciones le permitían ya dar cima por sí solo á su grandiosa empresa: su alma ardiente y sensible, aunque encerrada en robusto cuerpo, llegó por fin á minarlo y á gastarlo con sus arranques entusiastas y con el incesante estudio. Su actividad redoblaba sin embargo; partía sus horas entre la biblioteca y la cátedra de literatura: en 1846 produjo á la vez su metódica colección de clásicos españoles acompañada de biografías, y su revista titulada *La Discusión*, basada sobre ideas altamente creyentes y religiosas, y de la cual no aparecieron sino muy pocas entregas. Piferrer obtenía un lugar entre nuestros poetas de primer orden; en su lira alternaban los sonidos más dulces con los más enérgicos, é

tal abarca, es verdad, las bellezas más culminantes, los sitios de celebridad privilegiada para los viajeros, Valldemosa, Deyá, Sóller, Lluch, Pollensa, Alcudia, Artá; pero quedan excluídas las regiones enteras del llano y del centro y aun la montañosa de poniente, y villas, y santuarios y castillos asaz importantes para pedir algo más que la simple enunciación de su nombre. ¿Qué más? El propio título del tomo limitado á MALLORCA, resulta hasta cierto punto en mengua de Menorca y de Ibiza, que por menos favorecidas del arte y de la naturaleza y menos esclarecidas en sus anales que su hermana mayor, no han perdido sin embargo el derecho de figurar por lo que son y lo que valen en el cuadro general de España.

No pretendo suplir con semejante resumen, dentro del reducido espacio disponible, la historia particular de la isla ó islas, que por tantos años y no sin justicia aguardan de mí mis compatriotas; pero ya que no para escribirla tan completa como fantaseaba, antes de enseñarme la experiencia que siquiera en compulsar la serie de registros y legajos guardados en los diversos archivos de Mallorca, Barcelona, Perpiñán y Montpellier había de absorberse una existencia de medio siglo, podrá tal vez este trabajo allanarme el camino para trazar luego alguna otra época, algún otro episodio por el estilo de *Forenses y Ciudadanos*. De todas maneras, andan esta vez acordes los deberes contraídos con mi país, y mi entrañable y casi paternal interés por los RECUERDOS Y BELLEZAS á que he consagrado los mejores años de mi vida, no menos que la gloria de mi buen amigo, cuyas increíbles investigaciones é intuición maravillosa, en su viaje de dos meses apenas, viene á confirmar (á rectificar rarísima vez) después de cuarenta años el caudal naturalmente progresivo de estudios y hallazgos posteriores. Comentado parcamente con notas que llevarán reclamo de letras para distinguirse de las del autor, seguida cada una de sus partes por capítulos adicionales, y discernidos sus apéndices de los que convenga aumentar, campeará intacto en su nativa gentileza el texto de Piferrer,

sin alterar su disposición y colorido, de suerte que desde el primer golpe de vista resalte la bella obra primitiva deslindada de sus forzosas añadiduras.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

PRIMERA PARTE
